



Aurora de rosas

Rodolfo Villa Valencia

Horacio fue quien me dijo que por aquí la encontraría. No sé por qué, pero le creo. Horacio no me mentiría, creo que nunca lo ha hecho. Él me ayuda, pero no más que yo a él. Sus favores son mínimos: una razón, un mandado, cosas sencillas. A cambio yo le doy de comer cuando lo está matando el hambre que le produce la hierba que se fuma. A veces aparece pálido y con mucha sed. ¿Qué te pasa, Horacio?, le pregunto. Nada, loco, me responde. Así habla él. Ya es una adicción. No le digo nada, sin embargo estoy seguro de que el día en que no tenga dinero para comprar su vicio va a torcer a cualquiera. Eso me incluye a mí.

Esta calle es oscura, huele a humo y a licor. Llego al almacén de ropa deportiva que él me dio como referencia; me dijo que por aquí permanecía ella, que seguro andaría por estos lados. En la esquina hay un funeral. Paso por el lado de la gente que hay afuera. Tienen caras largas, las caras de la ausencia, de la muerte. Ella es alta, la recuerdo. Tiene los labios negros de tanto fumar y permanece con el cabello recogido. También con los ojos rojos. Le he dicho que los alucinógenos la van a dejar sin neuronas, pero eso a ella no le importa. Es feliz, dice. Y también me ha dicho que no la siga, que entienda la situación en la que nos encontramos y renuncie a todas esas cosas que con pretextos he creado para los dos: un carro, una casa, una familia bonita, o sea, una de esas que comparte el tiempo libre, van juntos de vacaciones y reza la Novena en diciembre. Nada de eso es posible, dice. ¿Por qué?, pregunto. Mírame, responde, es totalmente visible lo que nos está pasando. Yo no

veo nada, aseguro. Acéptalo, me recrimina. Pero yo sé que lo dice de dientes hacia afuera y también la entiendo, uno al principio tiene miedos, de todo tipo.

Es amiga de Horacio y Horacio es amigo mío. Eso creo. Le presto dinero cuando no tiene, lo cual sucede con cierta regularidad. También le dejo quedarse en casa cuando se emborracha y cuando se mete esas pepas que compra en la zona rosa. Dice que allí son de mejor calidad, que en el barrio le venden cosas chimbas y que esas hacen más daño. Me ha invitado un par de veces a sus *after-party* pero a mí no me gustan esas cosas. A mí me gustan la salsa dura y los boleros. Mamá dice que parezco un viejito prostático. Ella todavía no ha aceptado la realidad de mis treinta años. Yo río. La tía se sienta conmigo de vez en cuando a escuchar los partidos del América cuando no hay transmisión por televisión. Alega por culpa del árbitro y todo eso. Ella fue la que me enseñó a ser hincha, aunque le hubiese estado muy agradecido si hubiera hecho lo contrario.

Mamá no la quiere a ella. Dice que no me merece, piensa que soy un buen partido, mucho para esa niñita tan llena de problemas y vicios. Yo le digo que no importa si a ella no le gusta, a mí sí, y eso es lo importante. Exagera. Tener un bachillerato y querer terminar una carrera en la universidad no significa nada. Un buen partido, como dice, es un tipo lleno de dinero. Es lo único que importa. Si las mujeres fueran prácticas, dejarían de andar pensando en el tal amor y se conseguirían un hombre lleno de plata. Y eso nos dejaría solos a los pobres.

Mi tía, en cambio, parece que estuviera enamorada de ella. Mira esos ojos tan lindos que tiene, me dice ojeando una foto. Yo la miro y le digo que los tiene cerrados. ¿Cómo hacés para decir que son lindos?, le pregunto. Porque la conozco, me responde. Siempre que la ve, me cuenta desde cómo anda vestida hasta con quién anda. Tienes que evitar tanta confianza entre el tal Horacio ese y la niña, así le dice, porque uno nunca sabe. Le explico, entonces, que ellos dos son tan amigos como Horacio y yo. No importa, contesta, con los amigos ni la mujer ni la plata. Yo la entiendo. Se quedó solterona porque el único novio que tuvo la dejó por irse con una amiga suya. Consiguió más, pero los trataba mal y ninguno aguantó. Llevaba el vestido negro que tan bien le queda, me asegura, ella tiene unas piernas de museo.

La última vez que la vi estaba muy flaca, más de lo normal. En la cara se le estaban notando la droga y el trasnocho. Dejé eso de una buena vez, le digo. Pero se hace la de los oídos sordos. Tiene problemas, y serios. Ella aún no ha asimilado lo de la muerte de su madre. Se quedó sola, dice. Pero yo le recuerdo que me tiene a mí. Me mira. No sé por qué no confía en mí. O quizá sí lo hace, pero yo no puedo suplir la ausencia de su mamá. No es igual, me dice, vos me mirás con otros ojos. Yo la quiero, no igual a una madre, pero la quiero. No es suficiente, me asegura. Para mí sí.

Horacio también es hincha del América. A veces íbamos juntos al estadio y en medio del partido me daba instrucciones, me decía qué debía y qué no debía hacer. Ellos también son buenos amigos, quizá más que Horacio y yo. El único que le ayudó a Horacio cuando estuvo en la cárcel fui yo. Lo visitaba y le llevaba



cosas: comida, cobija, razones. Mató a su novia en una de sus trabas. Creyó haberla visto con otro tipo y la apuñaló. No pudo correr. Horacio también está perdiendo la cabeza por las drogas. No sé por qué lo hace si él sí tiene quien lo quiera. Es más, viene de una familia adinerada y le dan lo que necesite. La policía lo apresó inmediatamente. Me llamó desde una estación.

Llevo rato caminando y nada. Pregunto por ella en un quiosco. La anciana que atiende se inquieta, pero le digo que yo sólo quiero saber si la ha visto. ¿Cuánto quiere?, pregunta. No le entiendo. Se lo hago saber con un gesto. No me entiende. Le doy la descripción del cabello, los labios, los ojos, su flacura. No dice nada. Entonces me doy cuenta de que está nerviosa y se me ocurre que a lo mejor piensa que soy policía. Tengo cara de hampón, sí. Pero no tan grave como para parecer policía. Me voy. La anciana me sigue con la mirada.

Sigo caminando. Tres niñas y un adolescente ríen a carcajadas. Se besan. Traen peinados extraños: el cabello tirado hacia un lado y pegado al lado izquierdo de la frente, los pantalones ajustados y camisas apretadas. Pienso en los pantalones: así los utilizaban los pandilleros en mi época; Guabalosos, los llamaban. Pero estos no tienen cara de pandilleros. Tienen cara de hijos de papi volados de su casa. La música es horrible, es en inglés y todo el tiempo hay un sonsonete que suena rarísimo. *Chispún*, le digo yo. Llevo rato buscándola.

Intento comprar un cigarrillo para apaciguar el frío que hace por esta zona. ¿De cuáles?, pregunta la mujer. La miro. Esta vez di con otra mujer esquiva. Pensaré lo mismo que la anterior. Derby, contesto, pasándole una moneda de quinientos pesos. Me lo entrega y lo enciendo. Le pido la devuelta y me dice que no sobra. Me mira de pies a cabeza. Le pregunto por ella. Por aquí hay muchas de éstas, responde. Es cierto. La ansiedad de encontrarla no me ha dejado pensar en ello. Si continúo preguntando no la voy a encontrar. Decido, entonces, entrar a buscarla a los lugares. No me gustan estos sitios, pero por ella entro a donde sea.

A ella le gusta la música de Willie Colón. Es el único artista de salsa que conoces, le digo. No, me reprocha, es el único que me gusta. ¿Dónde encuentro un sitio

en el cual se escuche buena salsa?, le pregunto a una mujer que hay parada en la esquina del funeral. Me mira como si me conociera. Es rara su actitud. ¿Dónde?, vuelvo a preguntar. No sé, me contesta. Continúo adelante. En la siguiente esquina hay un accidente. Justo ahí, hay también un pequeño sitio del cual sale el sonido de una canción del Conde Rodríguez. Aquí, pienso. Entro. Nadie baila. Todos cantan. *Convergencia*, se llama la canción, y es de mis favoritas. Aurora de rosas y de labios negros, me digo. Pido un tintero. Miro hacia todos los rincones. Hay



muchas mujeres, pero ninguna flaca de labios negros. Arde el aguardiente a esta hora. Hay buena música, pienso, pero aquí no está.

El hombre de la moto del accidente era joven. Veinte, veinticinco años, a lo sumo. La culpa la tuvo el del carro, me dice un sujeto de esos que cuidan carros. Así es la tía: uno sabe qué ha pasado porque ella sale a averiguarlo. Todo lo sabe: quién fue, quién no fue, por qué lo mataron, a quién violaron, a quién robaron. Y entonces llega a casa a contar, pero el único que le presta atención soy yo. A mamá le molesta que la tía sea así. Un día de estos te vas a meter en un problema, le dice. Yo creo lo mismo. A la tía no le importa.

Entro a varios sitios y nada. Recibo una llamada de mamá, pero no le respondo. Apago el celular. No puedo dormir cuando no estás, me dice siempre. No importa, no en este momento. Además, no tengo tiempo de dar explicaciones.

Ahora sólo me urge encontrarla, preguntarle por qué se fue y hacer que regrese; al menos intentarlo. Los otros sitios son muy parecidos: venta de cigarrillos en la calle, dos gigantes haciendo las veces de porteros, menores de edad entrando, adolescentes borrachos y una música que llaman “electrónica”. En mi tiempo se escuchaba salsa, pienso, y de la buena: Richie Ray, los Lebrón, la Dicupé, la Fania. Salsa, se llama, y tiene sentido. Ésta no se entiende.

Horacio me dijo con seguridad que por estos lados la encontraría. Pienso en eso: su seguridad. Por qué Horacio ha de saber a ciencia cierta dónde se mete ella y dónde no. Es curioso, pero algo empieza a trabajar en mi mente. Enciendo el celular y lo llamo. No me responde. Le dejo un mensaje de voz y camino con el celular en la mano para esperar su llamada. Somos buenos amigos, Horacio y yo. Le presto hasta la ropa y él me ayuda en lo que puede.

La última vez que nos vimos, salimos los tres: Horacio, ella y yo. A bailar. Yo sé bailar; Horacio no. A ella le gusta la marihuana; a Horacio también. Ella cree en Dios; yo no. A ella le gustan las cosas raras: una serpiente como mascota, un tatuaje de gato en el brazo y un piercing en el clítoris; Horacio le alcahuetea. Yo tomo poco;

ella no. Horacio se emborracha; ella también. Horacio escucha a Fito Páez; ella todavía no sabe sus gustos. Yo soy salsero; ella depresiva. Son extrañas conjugaciones pero así sucede. A veces creo que se entienden. Horacio no responde.

Marco el teléfono de ella. Está fuera de servicio, dice una máquina del otro lado. Camino de vuelta. Ya levantaron al accidentado. Creo ver una mujer parecida. La abordo. Disculpe, digo. Está en un estado deplorable. Descubro un lugar al cual no he entrado. Nombre en inglés, como es la costumbre en estos tiempos. *Reggaeton* le llaman a esa bulla. Pero eso a ella no le gusta. ¿O sí? Entro. Adolescentes bailan pegados contra las paredes donde hay afiches de sujetos vestidos con ropas anchas y cadenas de perro, grandes; se ven pesadas. Voy al baño. Un pelao le besa las tetas a una niña. Le mete las manos entre las piernas y se mueven acompasadamente. Orino. Salgo. Pido un trago. El que atiende me mira. ¿Qué quiere?, pregunta. Un aguardiente, digo. Me lo tomo mientras paso la vista por todos los rincones. No está tampoco aquí.

Hace frío. Me detengo a comprar otro cigarrillo. Derby, digo. Son caros los cigarrillos por estos lados. Es la avenida Sexta, pienso. Un minuto de celular vale mil pesos. ¿Dónde estará?, me pregunto. A ella le gusta meterse esas drogas y yo le he dicho que no joda, que la van a matar. No me cree. Dice que es joven y tiene mucha vida. Pelea y se va. A veces pienso que es mejor dejarla ir. Así nadie jode a nadie. Pero también creo que me hace falta. Sigo buscando. No se puede vivir sin pensar, me digo, recordando a un amigo.

Miro el teléfono. No ha sonado. Miro el reloj. Es tarde. Horacio por fin me llama. ¿Dónde?, pregunto. Pero está borracho. Eso parece. Me dice que está bien y yo pienso que no, ninguno está bien. Llevo horas buscando donde me dijiste pero no la encuentro, Horacio, le digo. No me responde. Un suspiro del otro lado. ¿Dónde carajos es que se mete, Horacio?, pregunto. Entonces me pregunta, con voz entrecortada, si ya revisé todos los sitios. Digo que sí. Calla. Horacio, digo, ¿qué pasa? Me pregunta dónde estoy. Le doy las indicaciones. El funeral, me dice. No entiendo. Lo siento, se excusa, ella no te quería. Sigo sin entender. A ninguno, termina de decir. Cuelga. Pienso en ella. Pienso en Horacio. *Oh, qué será, qué será, que está en la fantasía de los infelices*. A ella le gusta esa, pienso. El funeral. Paso por el funeral. Pregunto quién es el muerto. Nadie responde. ¿Quién?, vuelvo a preguntar. Alguien responde. Entonces me adentro en la noche, caminando hacia ningún lado y con ganas de llorar. ■

Rodolfo Villa Valencia (Colombia)

Santiago de Cali, 1978. Ganador del primer concurso nacional de cuento, convocado por el Ministerio de Educación Nacional y RCN (2007). Primer puesto en el Concurso Nacional Universitario de Cuento Helcías Martán Góngora, convocado por la Universidad Libre, seccional Cali (2008). Primer puesto en el Concurso Regional de Cuento Johann Rodríguez-Bravo, Popayán (2009). Participó en la *Segunda antología del cuento corto colombiano*, hecha por la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, 2007).